

nales y franquismo, nos ofrece una sugestiva panorámica de la política exterior del régimen de Franco a través del estudio de los encuentros entre el Generalísimo y diversos Jefes de Estados de todos los continentes. No se trata, de ninguna manera, de un estudio protocolario –pese a la significativa carga simbólica del protocolo diplomático– sino de un agudo análisis de los mecanismos de la diplomacia franquista y del apoyo que recibió de numerosos Estados, lo que explica –entre otros factores– la supervivencia del régimen tras la Segunda Guerra Mundial y hasta el óbito de Franco.

En el primer capítulo analizan los encuentros con Hitler y Mussolini: el “pecado original del régimen español” que le hipotecaría políticamente durante muchos años ante los Aliados. No olvida la autora, sin embargo, la importancia de los encuentros del Caudillo con Salazar y Petáin, significativos durante el mismo periodo y que, en el primer caso, aseguraron una amistad y apoyo recíproco durante treinta años. A continuación, el estudio se centra en la instrumentalización del pasado histórico que realizó la diplomacia española para lograr afianzar la amistad de Franco con el mundo árabe-islámico, muy intensa durante los años cincuenta, para pasar posteriormente a un periodo letárgico que, sin embargo, daría excelentes resultados todavía en las postrimerías del régimen, cuando, por ejemplo, Irak envió crudo generosamente en 1974 a España, en una época en que el mundo se encontraba inmerso en una inesperada crisis del petróleo. Se repasan los encuentros, acuerdos y desacuerdos con los monarcas de Jordania, Irak, Libia, Arabia Saudita, Marruecos y varios presidentes de Estados musulmanes, con diferentes réditos pero de indudable calado internacional.

Como se explicita acertadamente, la diplomacia franquista intentó –y logró en ciertos años– exportar esa misma instrumentalización en el caso de Iberoamérica, acentuada por los lazos lingüísticos comunes, tal y como defendía la fuente ideológica de la Hispanidad. Frente a ciertos estudios que limitan el alcance de la ayuda económica y diplomática hispanoamericana a España, lo cierto es que los lazos personales y los encuentros entre los Jefes de Estado de esa área y el Generalísimo ayudaron al afianzamiento de su figura y de su régimen, especialmente en los años posteriores a 1945. Por las páginas desfilan conocidos personajes como Perón y sus esposas, Trujillo, Stroessner, entre otros, cuyos encuentros demostraron que Franco no se encon-

traba tan aislado como sus enemigos pretendían señalar. El Palacio de Santa Cruz –junto a la prensa del régimen– trabajó afanosamente para obtener el máximo rédito político, interior y exteriormente, de estos encuentros, y, en muchos casos, el anfitrión español adquirió más dividendos, en términos de Realpolitik, que sus destacados invitados.

Y es que incluso, en el mantenimiento de relaciones con las Monarquías asiáticas y con los reyes de Europa del Este, derrocados por la implantación de regímenes comunistas, la diplomacia franquista consiguió notables ventajas, sobre todo presentando a España como baluarte del anticomunismo, concepto clave en la Guerra Fría, y en sus decisivos encuentros con Estados Unidos y el Mundo Occidental. Y es que la búsqueda de una imagen positiva, tras el “pecado original de los años 40”, dependió, en última instancia, de la voluntad del gigante norteamericano, al que, en el fondo, se plegaron los esfuerzos del Palacio de Santa Cruz dedicados a otros frentes diplomáticos.

Como señala Ángel Viñas en su introducción, la investigación de la profesora Matilde Eiroa es una contribución imaginativa, de amplia base empírica, que no se arredra a la hora de hacer juicios de valor ante la tarea de recuperar un pasado de enorme importancia para explicar el presente.

MacMillan, Margaret, *The uses and abuses of History*. Londres, Profile Books, 2009, 194 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

La primera mujer en ganar el Premio Samuel Johnson por su obra *Paris 1919* (que se encuentra editada en nuestro país por Tusquets) acomete aquí una empresa tan esforzada como interesante y útil. Doscientas páginas, de un alto valor concentrado, en las que se destilan reflexiones tan sugerentes como afortunadas sobre el sentido, la repercusión y los problemas y consecuencias de la práctica historiográfica. No es un libro académico en el sentido convencional de la palabra (lo cual no quiere decir que no se vea acompañado por su correspondiente aparato crítico, referencias bibliográficas, etc.) ya que su objetivo no es provocar el debate en la comunidad de historiadores, sino que va dirigido a

un público amplio preocupado por la presencia de las cuestiones históricas en la política, sociedad y cultura del presente.

Dividido en ocho breves capítulos, el análisis de la autora va a atender a diversos frentes de interés que cubren no sólo aspectos de la historiografía en el mundo occidental sino que se reparten a lo largo y ancho del mundo: desde Estados Unidos de América a la India, se revisan ejemplos en los que se pone de manifiesto los múltiples usos y abusos de la historiografía tanto para la sociedad civil como para la clase política y las elites culturales.

Una de las problemáticas principales a las que la autora pasa revista es a quién pertenece la Historia. El terreno de la historiografía, y de manera paralela la poca seguridad de sus fronteras, es el escenario de un campo de batalla entre prácticas intrusistas donde los especialistas son ignorados por los protagonistas de diversos medios (periodísticos, mediáticos y políticos) que utilizan el pasado como despensa con la que aprovisionar sus alforjas.

Esto conlleva a frecuentes y acalorados debates sobre los límites y significado de la historiografía, así como de otros vocablos anexos como memoria. Es en esta realidad donde puede encontrarse la raíz de muchas de las tensiones y situaciones conflictivas relacionadas con la presencia de los estudios historiográficos en el debate público. De los gobiernos nacionalistas hindúes al movimiento independentista de Quebec se produce la paradoja de que si bien en sus programas electorales y acción de gobierno la disciplina historiográfica se asegura de una atención envidiable (doblar el número de horas en el currículo educativo asignadas o creación y fortalecimiento de fundaciones e instituciones dedicadas al estudio del pasado nacional), esta abundancia de atención y medios se hace a costa de: a) presencia de profesionales acreditados; b) el clima propicio de respeto y autonomía para la investigación y práctica docente y c) la credibilidad de un intercambio científico digno con otros miembros de la comunidad historiográfica que mantienen supuestos totalmente alejados a los puntos de partida en las declaraciones programáticas de tales corrientes políticas.

La historiografía se ha convertido, más que nunca en el nuevo siglo, en un producto de “confort”. Abandonados en una crisis de valores, ideologías y liderazgo político, esto ha supuesto que se haya vuelto los ojos al pasado en búsqueda de las

satisfacciones para las amarguras del presente. Esto tiene una peligrosa consecuencia, como nos advierte Margaret MacMillan. Si ya Cicerón nos avisaba del hecho de quien no quisiera la verdad, no atendiera a la historia, hoy esta situación ha tenido como resultado el que se quiera amordazar la historiografía o revertir toda opinión negativa. Casos como el del instituto Smithsonian con la exposición dedicada a los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, donde la presión de los grupos de veteranos de la USAF desvirtuó buena parte de sus contenidos, o la actuación de antiguos miembros de la RAF atacando los análisis de la efectividad de la campaña de bombardeos británica sobre las ciudades alemanas en la Segunda Guerra Mundial, son buenos ejemplos de cómo el estudio historiográfico se concibe como un bálsamo para fortalecer culturas grupales, identidades nacionales y metanarraciones que no pongan en duda el orden establecido.

Todo aquello que atente contra estas convenciones va a ser concebido como un uso indebido del conocimiento histórico, de manera amoral y antipatriótica, y por tanto merece ser censurado. Estas “guerras de la historia” tienen el pernicioso efecto de centrar la atención más en la agresividad de los argumentos y lo encontrada de cada una de las posiciones que en los datos, los hechos ciertos, que la metodología histórica asegura y proporciona. La falta de una legitimidad, de un crédito extraído de la metodología científica, que marque distancias con los neófitos; las prácticas intrusistas y la presencia de la historiografía como portavoz de las preocupaciones de la opinión pública y de la sociedad civil, suponen unas graves amenazas para el libre ejercicio de la crítica y el análisis historiográfico.

Se nos explica que aunque siempre se ha concebido el principal abuso de la historiografía desde una perspectiva política (con líderes que han mentido a sus naciones a fin de movilizarlas en la dirección conveniente para sus objetivos), no hemos de olvidar el papel que la historiografía juega en las cuestiones sociales, de mayor atención e interés inmediato para la ciudadanía. La “mordaza”, tal como nos recuerda la autora, no sólo puede provenir de las altas esferas de decisión gubernamental, sino de la base ciudadana que la sustenta, no importa el tipo de régimen que sea.

De todas formas, el mayor peligro que se cierne sobre la historiografía es la consecuencia de las ante-

riores amenazas. Las prácticas intrusistas, la manipulación política por cuestiones de identidad nacional o programa gubernamental y la exigencia de la adecuación de la historia a los imperativos ideológicos, morales y sentimentales de la sociedad civil, conlleva a que los académicos de esta disciplina, quizás no de manera consciente, consientan que sean arrinconado, apartados, en el debate sobre las grandes problemáticas de nuestro tiempo.

La historia (tanto con mayúscula como con minúscula), tal y como afirma Margaret Macmillan, es una guía imprescindible. Nos proporciona humildad en una época de *hibris*, nos estimula a reflexionar sobre el mundo actual y sobre todo, a hacerlo desde una perspectiva a largo plazo en la que los elementos de cambio y continuidad, de similitud y diferencia nos ayudan a discernir las claves, o al menos a orientarnos en su búsqueda, de los fenómenos y acontecimientos.

The uses and abuses of History repasa de manera sintética, clara y aguda las principales contradicciones en las que ha caído toda intención partidista y manipuladora de la Historia. Lo hace sin estridencias, de manera convincente. El peso de los hechos es suficiente para comprender la disección que la autora realiza sobre cada uno de los intentos (muchos de ellos culminados en éxitos) de utilizar el pasado como proyección de un presente y futuro pertenecientes a la voluntad y ambiciones de unos pocos. Esta obra es una breve y utilísima ilustración del peligro que acecha, utilizando las palabras de Orwell, de dejar que dominen nuestro pasado. Porque así podrán hacerse dueños de nuestro futuro.

Martínez Hoyos, Francisco, *La cruz y el martillo. Alfonso Carlos Comín y los cristianos comunistas*. Barcelona, Ediciones Rubeo, 2009, 214 pp.

Por Ángel Luis López Villaverde
(Universidad de Castilla-La Mancha)

El ser humano puede creer, dudar o negar la existencia de Dios pero las organizaciones sociales, al parecer, no pueden prescindir de la religión. Para bien o para mal, es una realidad cargada de dramatismo. Se cree en Él por fe o por interés —la vida eterna proporciona una explicación trascendente que aplaca dudas existencialistas—. En su nombre,

las diferentes iglesias, jerarcas o líderes intelectuales han ido marcando históricamente doctrinas, liturgias, conductas morales, socializando a los fieles —incluso a los infieles, a su pesar— y, llegado el caso, han invocado la guerra santa. Se puede llegar a vivir o matar en nombre de Dios. Pero *yihad*, cruzadas o persecuciones han partido de un trágico error: la identificación de fe religiosa con religión —o iglesia— desde una perspectiva exclusivista y dogmática.

Quienes se confiesan agnósticos o ateos suelen proyectar también sus anhelos redentores —terrenales, no sobrenaturales— hacia lo que algunos autores llaman religiones “cívicas” o “políticas”, sustitutivas de las divinas. También en estos casos hallamos mitos fundacionales, héroes, rituales litúrgicos y paraísos futuros. Juan J. Linz o Salvador Giner, entre otros sociólogos, han teorizado sobre ello y a sus trabajos remito. Lo que me interesa destacar es que en todas estas versiones —por supuesto en las “religiones políticas”, vinculadas a los totalitarismos, pero también en las religiones monoteístas y en las “religiones cívicas”— conviene advertir de los riesgos que conllevan, sobre todo cuando se impone el dogmatismo.

Si las sociedades humanas no pueden vivir sin religión, tampoco lo pueden hacer sin la *res publica*. A la hora de organizar la convivencia —y el orden social, por tanto— el poder político y las confesiones religiosas han rivalizado históricamente mediante una pugna dialéctica que les ha llevado ora a confluír en intereses, ora a someterse la una a la otra, ora a enfrentarse más o menos abiertamente. Y los riesgos en el ámbito político son similares, pues se ha tendido a politizar la religión o a darle una dimensión religiosa a la política. Aunque las fronteras son difusas, algunos autores (Linz) distinguen las “religiones políticas” de las “religiones politizadas”.

Esta digresión me parece oportuna para entender el libro *La cruz y el martillo. Alfonso Carlos Comín y los cristianos comunistas*. Su protagonista (1933-1980) intentó compaginar su fe religiosa con la lucha política, la conversión del hombre con la dignificación de su vida. Francisco J. Carmona, en una reseña publicada recientemente en la revista *El Ciervo* (tan vinculada al propio Comín en su día), ha resumido perfectamente su proceso biográfico: una educación tradicional que sufre un punto de inflexión con su apertura a otras realidades apostólicas y políticas en su etapa universitaria y su pos-